



HISTORIA GLOBAL

Una nueva visión
para el
mundo actual

Sebastian
Conrad

CRÍTICA

CAPÍTULO 4. LA HISTORIA GLOBAL COMO ENFOQUE ESPECÍFICO

La tendencia reciente a las perspectivas globales es un movimiento amplio. Como hemos visto en el capítulo anterior, toda una serie de enfoques contribuyen, cada uno a su manera, a que podamos comprender el pasado viéndolo desde fuera del marco del Estado-nación. Más allá de esta multiplicidad, sin embargo, y sobre la base de estos otros modos diversos de abordar el mundo, está emergiendo una historia global como enfoque diferenciado. En el presente capítulo describiré varios rasgos característicos que comparten muchas de las incursiones recientes en este campo. Si se contemplan en conjunto, forman el núcleo metodológico de la historia global en tanto que enfoque propio. Se hará especial hincapié en la noción de integración global, en las transformaciones estructuradas a un nivel global.

Con el fin de comprender mejor las características de la historia global, será útil enfrentarlas a un tipo ideal —sin lugar a dudas, un retrato demasiado simple— de la tradición anterior de la historia mundial. Ahora bien, no debemos perder de vista que esta yuxtaposición de la historia mundial y la historia global es un mecanismo heurístico. Da a entender que existe una línea de separación clara entre los enfoques antiguos y los modernos y más refinados, cuando, en la práctica, muchos historiadores usan los dos términos como sinónimos.

El concepto de una historia mundial o universal tiene por sí mismo una historia que se remonta a varios siglos atrás. En nuestros días sigue siendo el nombre de una materia escolar estudiada en muchos países, que por lo general designa un relato que abarca el mundo entero o se centra en regiones geográficas relativamente extensas. Esta clase de historias mundiales

se atienen a un macroprograma que, por lo general, aspira a una representación completa del pasado del mundo entero; o, según suele ocurrir en muchos países no occidentales, se ocupan del «resto del mundo», es decir, de todo lo sucedido fuera del propio país. También hay historias universales de temas concretos: del imperio, de la formación de los Estados o de los encuentros entre cortes, también del azúcar, del té, del algodón. En la mayoría de casos no solo se aborda la realidad de tales instituciones y productos en todo el planeta, sino también a lo largo del tiempo, en ocasiones abarcando incluso todo el período comprendido entre la Antigüedad y el presente.¹

Las macroperspectivas de esta clase adoptan, como puntos de partida, comparaciones a gran escala de sociedades y, muy frecuentemente, de civilizaciones enteras. Las historias universales más antiguas, en su mayoría, no hacían caso omiso de las interacciones e intercambios entre estos enormes bloques constructivos; pero sí se centraban en las trayectorias diferentes de cada civilización, cuyas dinámicas se describían, antes que nada, como generadas desde el interior. Estas historias paralelas se enlazaban luego por la creciente difusión que iba desde los centros del poder hacia la periferia. En el período contemporáneo, esta difusión adquirió por lo general una forma de transferencia de Occidente a «los otros». Así pues, durante mucho tiempo las historias mundiales han compartido un sesgo eurocéntrico, sesgo que el título del influyente libro de William McNeill *The Rise of the West* no se esforzaba en ocultar.²

RASGOS DE LA HISTORIA GLOBAL

Las historias mundiales de hace unos años empleaban una metodología que combinaba la comparación de distintas civilizaciones con la búsqueda de vínculos entre ellas, de lazos cuya existencia se explicaba por medio de procesos de difusión. El pensamiento que subyacía a estas historias cruzaba divisorias teóricas e ideológicas —que iban desde la teoría de la modernización al marxismo y las narraciones de la civilización—, pero la mezcla de comparación y difusión era notablemente constante. En cambio, la palabra clave que se asocia de inmediato con el término «global» es «conexiones». Para transmitir toda la fluidez y volatilidad con la que se desarrollan las interacciones transfronterizas, se ha reunido todo un

aluvión de términos relacionados: «intercambio» y «relaciones», «vínculos» y «entrelazamientos», «redes» y «flujos». En vez de basarse, con no poca insistencia, en las macrocomparaciones, las historias globales han subido al trono a la movilidad.

Por ello la mayoría de las definiciones taquigráficas de la historia global se han limitado al feliz matrimonio de las comparaciones y las conexiones: se cogía lo mejor que podía ofrecer la historia mundial tradicional y se combinaba con una mayor atención a las dimensiones flexibles y fluidas del cambio histórico. Todo un hito de la historiografía, *El nacimiento del mundo moderno*, de C. A. Bayly, nos saluda desde la misma portada hablando de «conexiones y comparaciones globales», y el dogma de que «los recursos básicos de la historia global» son las conexiones y comparaciones se reitera en prácticamente todos los intentos de definir qué caracteriza en especial este enfoque.³

Y en efecto, el hincapié en las transferencias y las interacciones es un componente crucial de todos los intentos recientes de comprender el pasado global. La movilidad de los productos, la migración y los viajes de las gentes, las transferencias de ideas e instituciones: todos estos procesos son la materia que ha ayudado a producir el mundo globalizado en el que vivimos, y son los objetos de estudio principales de muchos historiadores globales. Como veremos más adelante, sin embargo, las conexiones por sí solas no bastan para explicar la originalidad del enfoque; es necesario incrustarlas en procesos de transformación estructural, y ello a escala global. Antes de llegar a este punto, esbozaré primero una serie de decisiones metodológicas que son rasgos recurrentes de la historia global de nuestros días, más allá del mero hincapié en las conexiones. Será una enumeración muy simplificada, porque la mayoría de las cuestiones las retomaré, ya con más extensión, en capítulos posteriores.

En primer lugar, los historiadores globales no se ocupan tan solo de las macroperspectivas. Muchos intentan situar dentro de los contextos más amplios, y potencialmente globales, fenómenos y asuntos históricos concretos. De acuerdo con esto, el surgimiento de la noción de «cultura» en la Bengala de la década de 1880 es un tema tan legítimo de un estudio de historia global como puede serlo una historia del mundo entero a lo largo de todo el siglo XIX.⁴ En segundo lugar, las historias globales experimentan con conceptos espaciales alternativos. Es típico que no adopten como puntos de partida las unidades políticas o culturales: Estados-nación, im-

perios, civilizaciones. Antes bien, plantean dudas analíticas y van hasta donde les lleva la serie de preguntas: a través de la bahía de Bengala, a los puntos nodales de una red, a las diásporas étnicas y religiosas, etcétera.

Esto implica, en tercer lugar, que las historias globales establecen relaciones, les resulta inherente hacerlo así. Una unidad histórica —una civilización, una nación, una familia— no se desarrolla en aislamiento, solo se puede comprender por medio de su interacción con otras. De hecho, muchos grupos solo cuajaron en unidades de apariencia sólida como respuesta al intercambio y la circulación. Al prestar atención al carácter relacional del pasado, también se ponen en cuestión interpretaciones de la historia mundial que durante mucho tiempo habían sido las más aceptadas, tales como las del «ascenso de Occidente» y el «milagro europeo». Muchos textos antiguos de la historia mundial sitúan en Europa la fuerza impulsora de la historia mundial y hacen la crónica de la difusión de los logros europeos en el resto del planeta: es una historia mundial concebida como calle de un solo sentido. En cambio, estudios más recientes enfatizan el papel constituyente que ha interpretado en el desarrollo de las sociedades modernas la interacción entre regiones y naciones, así como entre Europa y el mundo no europeo. La transformación de Europa y Occidente no se puede explicar desde dentro, como un proceso autónomo, sino que debe contemplarse, al menos en parte, como el producto de diversos procesos de intercambio.⁵

En cuarto lugar, como disciplina inserta en las Humanidades, la historia global forma parte de un «giro espacial» más amplio. Una de las consecuencias de ello ha sido que las relaciones de cada constelación espacial con otras ubicaciones han cobrado más importancia. Los historiadores globales prestan una atención especial a la forma en la que individuos y sociedades interactúan unos con otros, y no tanta a los cambios endógenos. De resultas de ello, las metáforas espaciales —tales como *territorialidad*, *geopolítica*, *circulación* y *redes*— tienden a reemplazar el vocabulario anterior, más bien temporal, del *desarrollo*, el *desfase* o el *atraso*. Esto también implica rechazar las teleologías de la teoría de la modernización, es decir: se critica la noción de que las sociedades se transforman, por así decir, desde dentro, y de que la dirección del cambio social —de la tradición a la modernidad, por ejemplo— está predeterminada.

Esto tiene como consecuencia directa hacer hincapié en la sincronía de

los acontecimientos históricos, nuestro quinto punto. Como es natural, los historiadores globales no pasan por alto la cuestión de las continuidades o las «dependencias del camino». Según han expuesto C. A. Bayly y otros autores, la globalización de la era moderna se basó en trayectorias marcadas por la influencia de modelos anteriores de entrelazamiento.⁶ Sin embargo, al disociarse de las perspectivas de más largo plazo, típicas de la historia de las civilizaciones, y al no privilegiar las nociones convencionales sobre la continuidad, muchos historiadores globales sugieren que debe darse más prioridad a las simultaneidades. Como se pone de manifiesto con meridiana claridad en casos como las revoluciones de la Primavera Árabe, a menudo las constelaciones sincrónicas y las fuerzas externas impulsan el cambio social con no menos fuerza que las tradiciones y prehistorias prolongadas.⁷

En sexto lugar, un aspecto crucial: muchas historias globales reflexionan de forma explícita sobre la cuestión del eurocentrismo. Es uno de los rasgos característicos que separan este enfoque de la mayoría de las variantes anteriores de historiografía mundial. Nos ocuparemos de ello con más detalle más adelante, en el capítulo 8. En la práctica, por lo general representa que en los departamentos de historia se hace más hincapié que en el pasado en la experiencia en los estudios de área. También supone, en séptimo lugar, reconocer sin ambages que pensar sobre el pasado global es una acción «posicional»: el historiador puede escribir sobre el planeta en su conjunto, pero lo hace desde un lugar particular, y su narración mostrará al menos en parte colores propios de las dinámicas de esa ubicación. Si miramos hacia atrás, no cabe duda de que una historia mundial escrita a finales del siglo XVI en Ciudad de México sería muy distinta de una compuesta en Estambul.⁸ Pero incluso hoy, el «mundo» puede parecer muy distinto cuando se contempla desde Acra, desde Quito o desde el campus de Harvard.

TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURADA E INTEGRACIÓN

El punto final, al que ahora dirigimos la atención, se refiere a la idea de integración. Se trata de un aspecto crucial, que vale la pena considerar más por extenso. Centrarse en la integración global es una decisión metodológica que diferencia la historia global de otros enfoques que también

actúan a gran escala. Esta decisión incluye dos aspectos importantes: por un lado, las perspectivas de la historia global, por el hecho de partir del examen de la integración estructurada a gran escala, van más allá de ser simples estudios de la interconexión; segundo, los historiadores globales abordan el problema de la causación hasta llegar al nivel global.

Empecemos por la primera faceta. Muchos historiadores globales/universales se contentan con estudiar las conexiones e interacciones. «Estar conectados forma parte de la condición humana, al menos hasta donde podemos llegar a reconstruir la actividad humana», según ha recordado no hace mucho John Darwin, que concluye: «La inquietud particular del historiador global es, o debería ser, ocuparse de la historia del “estar conectados”, en especial de aquellas formas de conexión que son oceánicas y transcontinentales o intercontinentales».⁹ Otros han metido baza para sostener que «el mundo nunca ha sido lugar de comunidades discretas y no conectadas [sino que] desde los primeros días de la existencia humana en la Tierra ha habido intercambios e interacciones transculturales».¹⁰

Pero hacer hincapié en las conexiones no basta para componer una buena historia global. En efecto, aunque el intercambio de productos, personas e ideas, y la interacción entre grupos y sociedades, también a través de largas distancias, han caracterizado la vida humana en el planeta desde sus inicios, algunos de los vínculos surgidos en el seno de esta «red humana» fueron cruciales para la conformación social, mientras otros no pasaron de ser accidentales y efímeros.¹¹ La magnitud del impacto dependía, en especial, del grado de integración —material, cultural y política— que había alcanzado el mundo en ese momento.

¿Esto qué significa? Consideremos, por ejemplo, la introducción de los relojes occidentales en Japón. En el siglo xvii, cuando los primeros relojes europeos (muestra de la mejor tecnología de la época) llegaron al Japón Tokugawa, se los veía antes que nada como artículos exóticos. Su importación no tuvo efectos sobre la estructura social del tiempo. Antes al contrario: si los relojeros europeos se enorgullecían de la perfecta regularidad de sus instrumentos, en Japón hubo que modificarlos para que se adaptaran a la estructura temporal tradicional, en la que la duración de las horas dependía de la luz del sol y, por lo tanto, variaba a lo largo del año. Los relojes mecánicos tenían que ajustarse dos veces por día, y se instalaron esferas estacionales para compensar, por así decir, que los nuevos relojes fueran independientes de los ciclos de la naturaleza. En el si-

glo xvii, en consecuencia, la transferencia tecnológica se quedó en un plano esencialmente ornamental.

La situación cambió radicalmente a partir de 1850, cuando Asia oriental quedó incorporada a la órbita política y económica de Occidente. Entonces se consideró que el sistema temporal occidental debía ser un ingrediente básico de todos los proyectos de reforma y se intentó introducir los «nuevos tiempos» en el Japón Meiji. La nueva tecnología, como la de los trenes; las nuevas fábricas, con sus formas novedosas de estructurar la producción; y las nuevas formas de organización social, entre ellas las escuelas y las fuerzas armadas, todo ello requería un nuevo sistema temporal. Los relojes occidentales, junto con las torres del reloj, emergieron como símbolos de la modernidad; la puntualidad y las ideas de progreso llevaron el sistema horario occidental a la praxis cotidiana; al introducirse el calendario gregoriano, en 1873, se abolieron los métodos tradicionales del cómputo temporal y Japón se preparó para la sincronía global. Si comparamos estos dos procesos de transferencia, queda claro que no se diferencian tanto por las transferencias en sí como por el marco geopolítico más general en el que se incrustaron. En el siglo xvii el contacto comercial, realizado por los holandeses y controlado minuciosamente por los japoneses, fue muy escaso; en el siglo xix había sido sustituido por un orden mundial imperialista cuya hegemonía ostentaban los británicos. En este nuevo contexto, pues, la importación cultural ya no se incorporaba a la cosmología local, sino que era tan poderosa que provocaba transformaciones fundamentales de las prácticas cotidianas.¹²

Las conexiones, por sí mismas, son tan solo un punto de partida. Su relevancia puede ser tan diversa como hemos visto: según sean las circunstancias, un mismo reloj puede adquirir grados de importancia muy distintos. Los historiadores globales deben recordar que a las conexiones globales anteceden condiciones que resulta necesario comprender de forma exhaustiva antes de confiar en lograr entender las conexiones en sí. En otras palabras: el intercambio puede ser un fenómeno superficial que esté poniendo de manifiesto las transformaciones estructurales básicas que posibilitaron que hubiera tal intercambio. Para que la historia global sea efectiva debe conservar en mente la dimensión sistémica del pasado, así como el carácter estructurado del cambio social.

Para que la idea no suene demasiado abstracta, examinemos brevemente otro ejemplo. Cuando algunos intelectuales críticos empezaron a

leer a Marx en Vietnam, Japón o China, esto se interpretó, con no poca lógica, como un caso de circulación transcultural de las ideas. En consecuencia, las historias tradicionales documentaron el proceso de traducción, estudiaron la recepción de las ideas marxistas y buscaron qué impacto habían tenido los textos de Marx sobre el pensamiento reformista en Asia. Ahora bien, aunque se trataba de facetas importantes del problema, resultó que los vínculos causales más notables estaban en otro lugar. En este caso, en efecto, el carácter conectado demostró ser el resultado de los cambios sociales que habían creado las condiciones en las que empezó a tener sentido, desde el punto de vista político, leer a Marx en Vietnam. En última instancia, la influencia de Marx no se podía reducir a la simple energía de sus argumentos. Antes bien, los jóvenes que ambicionaban actuar como intelectuales se vieron influidos por las fuerzas e inquietudes que dominaban en la época, y la forma en que tradujeron, citaron y se apropiaron de los textos de Marx estaba estructurada por esas condiciones. Es decir, las conexiones —leer a Marx— fueron ante todo un efecto de transformaciones anteriores, de índole social, política y cultural, y no la fuente de esas transformaciones.

El error original que este ejemplo pone de relieve tenía que ver con no haber considerado la influencia del poder; pero no se terminaba aquí. Cuando se dejan de lado las cuestiones de la jerarquía y la explotación, el interés por las conexiones puede desdibujar —obstaculizar, incluso— la adecuada comprensión de los perfiles del pasado global. Cuando no tenemos en cuenta las estructuras del poder, damos carácter de agente a todo el que interviene en las interacciones e intercambios; y al celebrar la movilidad, se corre el peligro de hacer caso omiso de las estructuras que la controlan. Los movimientos transfronterizos pueden salvar las diferencias entre sociedades, pero también exacerbar los conflictos. Tanto los aristócratas europeos que se embarcaban en el *Grand Tour* como los esclavos europeos enviados a América cruzaban fronteras políticas y culturales, pero no hace falta ahondar mucho para ver que tratar ambos casos como meros ejemplos de «conexiones» comporta una intensa carga ideológica. A menudo, quienes manejaban un genuino poder sobre el mercado no participaban del viaje y se aprovechaban de la posibilidad de enviar a través del Atlántico y el Pacífico a las apolonadas multitudes de pobres.

Esto nos lleva hasta el segundo punto que debemos abordar. A diferencia de otras perspectivas sobre las conexiones pasadas, la historia glo-

bal se enfrenta a la cuestión de la causalidad hasta llegar al propio nivel global. En muchos manuales antiguos de historia universal, la condición analítica de los vínculos y las interacciones distaba de ser explícita. En algunas obras de historia transnacional también se da, a veces, que estos vínculos e interacciones no pasan de resultar externos al argumento central (y por lo tanto, no pasan de ser ornamentales). Sin embargo, a medida que el mundo se integraba cada vez más, el cambio social ya no podía comprenderse sin alguna noción de interdependencia o de diferencia estructurada. «En el siglo XIX, Gran Bretaña y la India acabaron teniendo historias muy diferentes —nos recuerda David Washbrook—, pero esto fue el fruto de la proximidad misma de su relación, no de la distancia mutua, social y cultural. Existían como dos caras de la misma moneda, pero cada una mostraba una cara muy distinta.»¹³ Una historia global que aspire a ser más que un simple depósito ecuménico que acoge con gusto historias felices de encuentros entre distintos órdenes, por lo tanto, necesita abordar de forma sistemática la cuestión de las transformaciones globales estructuradas y su impacto sobre el cambio social.

Aunque usamos aquí el término «global», no por ello debe entenderse que todo estudio deba abarcar el planeta entero. Para cada una de las cuestiones analizadas, debe decidirse específicamente qué importancia concreta tuvieron las estructuras y los procesos a gran escala. En buena parte de los estudios disponibles, los historiadores se han apresurado en demasía a limitar la investigación a los contenedores fijos y las restricciones geográficas. Pero sería igualmente falaz pasar al extremo opuesto y dar por sentada la globalidad de todo. Lo que se quiere dar a entender con «global», en consecuencia, es el hecho de estar abierto a seguir los vínculos y la causalidad más allá de las unidades espaciales y los contenedores tradicionales; lo que denota es, «simplemente, la voluntad metodológica de experimentar más allá de los límites geográficos establecidos».¹⁴

Para que la idea de las «comparaciones y conexiones» pueda servirnos como un resumen mínimo de la historia global, debemos añadir una tercera «c»: la causalidad, que estudiaremos llevándola hasta la escala global. La decisión de centrarse en formas extensas de integración y transformación estructurada sitúa a la historia global en un lugar específico, distinto del manejado por otros enfoques tales como la historia comparada y la transnacional. Hacer hincapié en la integración global, no hay por qué negarlo, planteará toda una serie de problemas. ¿Supone esta decisión que

es imposible escribir historia global sobre las eras anteriores a la integración, anteriores a la modernidad? Si aspiramos a una causalidad globalmente identificable, ¿limitará esto acaso el espectro de temas que podremos abordar? Los historiadores globales, ¿se verán forzados a estudiar este nivel global de forma explícita? Me ocuparé de estas preguntas en el próximo capítulo.

MÁS ALLÁ DE LA CONECTIVIDAD: NARRACIONES EN COMPETENCIA

Para comprender mejor la importancia de un enfoque que no se limita a la perspectiva endógena, así como de la función analítica de la integración global, quizá nos resulte de utilidad comparar brevemente el punto de vista de la historia global con otros tres modos, influyentes pero distintos, en los que los historiadores han comprendido e interpretado hasta ahora las transformaciones a escala planetaria. De un modo un tanto esquemático, podemos denominarlos «excepcionalismo occidental», «imperialismo cultural» y «paradigma de los orígenes independientes». Haré un resumen breve de esas tres formas de narrar y apuntaré sus deficiencias cuando se las compara con un enfoque histórico global.

La primera metanarración, que sigue firmemente arraigada en numerosos manuales y obras generales, presupone un proceso general de modernización que se originó en Europa y desde aquí se fue diseminando poco a poco por el planeta. Los rasgos que definen esta idea de modernidad nos resultan conocidos: la diferenciación funcional de esferas sociales, tales como la economía, la política, la sociedad y la cultura; la racionalización progresiva de todas estas esferas, lo cual dio origen a una economía industrializada y capitalista, al Estado-nación y a las burocracias meritocráticas; la sustitución de los estamentos hereditarios por una sociedad de clases y el individuo moderno; y la superación de las cosmovisiones religiosas y tradicionales por medio de que lo que Max Weber denominó «el desencantamiento del mundo».

En principio, se entendía que eran procesos de transformación universales, pero que en la práctica real emergieron primero en Europa y luego se transmitieron al resto del mundo. Esta lectura difusionista —cuyo ejemplo más palmario es *The Rise of the West*, de William McNeill— se halla en el corazón mismo de muchas historias universales de hace unos

años, en especial cuando estas se guiaban por la teoría de la modernización, pero también en muchas variantes de historia mundial de corte marxista. «Durante los últimos mil años —según ha resumido esta perspectiva David Landes—, Europa (Occidente) ha sido el gran impulsor del progreso y la modernidad.»¹⁵ Esta clase de afirmaciones triunfalistas se han vuelto mucho menos habituales; en nuestros días, la mayoría de los relatos han dejado atrás el eurocentrismo flagrante de antaño y reconocen las diversas formas de negociación y adaptación que acompañaron al proceso. En el núcleo, sin embargo, aún se conservan las premisas básicas de este relato: Europa/Occidente se ve como el espacio propio de la innovación, y la historia universal se entiende en lo esencial como una historia de la difusión del progreso europeo.¹⁶

Contra esta perspectiva, antaño dominante, emergió una segunda interpretación que se basaba en una lectura radicalmente crítica de la diseminación de la modernidad occidental. Este punto de vista se asocia con las perspectivas poscoloniales, subalternas y, en parte, marxistas. Aquí, la modernidad sigue siendo esencialmente europea y aún se la equipara al avance de la razón universal; pero la difusión de la modernidad ya no se ve como un proceso de emancipación, sino de privación.

Aquí intervienen dos argumentos relacionados, pero distintos. El primero es la hipótesis de que en la raíz del impulso expansivo de Occidente estaba el universalismo de la Ilustración. Según esta crítica, apenas había distancia entre postular estándares universales y la decisión de intervenir para implantar esos estándares por la fuerza, bajo los auspicios de una paternalista misión civilizadora. El segundo argumento no dista mucho del primero. La difusión de la modernidad occidental se concibe como una forma de imperialismo cultural capaz de erradicar las demás concepciones del mundo. Algunos estudiosos críticos han interpretado la exportación de los preceptos ilustrados durante el siglo XIX como un proceso de difusión obligada y a menudo brutal, que a la vez resultaba posible y estaba impulsado por unas relaciones de poder sumamente asimétricas.¹⁷

Pero los enfoques de los que hemos hablado hasta ahora —la modernización emancipadora y el imperialismo cultural— son en lo esencial difusionistas, y dan por sentado que la modernidad se originó en Europa. Lo que es más, uno de sus axiomas es que en el resto del mundo se carecía (supuestamente) de un desarrollo social y cultural relevante. En los últimos años, no obstante, se ha puesto en duda que Europa tuviera en verdad

derecho a arrogarse esa originalidad, la autoría exclusiva de la modernidad. Los historiadores han comenzado a buscar paralelos y analogías con el «avance de la civilización» que se dio en Europa, se han interesado por procesos de racionalización autóctonos que, sin basarse en las transformaciones experimentadas en Europa, condujeron a resultados similares. Este es el tercer paradigma que esbozamos aquí, un paradigma integrado en un debate historiográfico más general, relativo a los orígenes de la modernidad. Nació del deseo de poner en cuestión las nociones difusionistas de la modernización y la voluntad de reconocer la dinámica social que imperaba en muchas sociedades antes de que se encontraran con Occidente. Se pretendía dejar atrás las viejas ideas sobre las sociedades tradicionales y los «pueblos sin historia», gracias a una comprensión más amplia de las modernidades múltiples. Pero al final, este enfoque plantea un *telos* idéntico —la moderna sociedad capitalista—, por mucho que esta meta no se logre a través de las transformaciones derivadas del contacto con Occidente, sino más bien a partir de los propios recursos culturales indígenas; se trata de una teleología del desencantamiento universal, que se realiza de forma interna en cada sociedad, pero por todo el globo.

Las tres perspectivas convergen en el sesgo metodológico que privilegia los marcos de la nación y la civilización. Pese a sus numerosas diferencias, las tres basan en una lógica endógena el intento de explicar lo que debe entenderse como un fenómeno global. Si queremos tomarnos en serio el desafío de la historia global, por lo tanto, debemos ir más allá de estos tres enfoques y centrarnos en las conexiones y los procesos de integración que han dado forma (y han reconfigurado) globalmente a las sociedades. Sanjay Subrahmanyam ha defendido que la modernidad «históricamente, es un fenómeno global y *circunstancial*, no un virus que se difunde de un lugar a otro. Se ubica en una serie de procesos históricos que han puesto en contacto a sociedades que habían estado relativamente aisladas, y debemos buscar sus raíces en una serie de fenómenos diversos». ¹⁸ Desde esta atalaya, arroja menos luz indagar sobre los supuestos orígenes (europeos o de otros lugares) que centrarse en las interacciones y condiciones globales por cuyo medio surgió el mundo moderno. Esto explica por qué son cruciales las nociones de integración global y dependencias de tipo sistémico: los cambios que se dan en un lugar, dentro de un mundo integrado, provocan efectos en cadena y afectan también a otras partes del sistema.

Es obvio que los cuatro enfoques descritos arriba —historia universal, estudios poscoloniales, modernidades múltiples e historia global— no se pueden separar en compartimentos estancos, pues se solapan en numerosos aspectos. Se trata, en otras palabras, de tipos ideales. Aun así, por mor de la heurística, resulta útil analizarlos por separado. Examinemos ahora con suma brevedad diversas cuestiones para ver cómo estos paradigmas distintos pueden llevarnos a resultados muy distintos (de hecho, a preguntas distintas); luego recurriremos al caso del nacionalismo para ilustrar con más detalle las ventajas analíticas que caracterizan el enfoque de la historia global frente a los otros tres paradigmas.

Como primer ejemplo, abordemos el caso de los derechos humanos, sobre el cual se ha publicado una historiografía cuantiosa en los últimos años. Desde el punto de vista de una historia mundial estándar, se sostenía que los derechos humanos poseen una genealogía europea que se remonta al humanismo (e incluso algo más atrás) y, durante la Revolución Francesa, acabó cuajando en un programa de alcance global. Estos derechos, de ambición universal, viajaron lejos de su lugar de origen y poco a poco fueron siendo aceptados en todo el mundo. ¹⁹ Una lectura poscolonial, en cambio, haría hincapié en la noción local y culturalmente específica de los derechos humanos y el modo indiscriminado en que se usó el concepto para tornar marginales (más aún: eliminar) nociones alternativas de derechos e igualdad que no dependían tanto de los conceptos de nación e individuo. Un tercer enfoque, el de las modernidades múltiples, enfatiza los recursos políticos y culturales indígenas que permitieron que numerosas nociones de derechos humanos emergieran en muchos lugares distintos, en gran medida con independencia mutua. Sobre la base de estos tres enfoques, recientes incursiones en una historia global de los derechos humanos se han centrado más bien en la aparición de los derechos humanos como discurso genuinamente global. Los historiadores han explorado a fondo el alcance global de este discurso sobre los derechos humanos haciendo menos hincapié en la Revolución Francesa y más en la apropiación y universalización de un lenguaje de los derechos que se vivió en Haití unos pocos años más tarde. ²⁰ En el siglo xx, la década de 1970 parece haber sido un momento de cambio, cuando la decadencia del socialismo y el nacionalismo como ideologías políticas preparó el camino para que la defensa de los derechos humanos aspirase a alcanzar la condición de «Última Utopía». Desde esta perspectiva, los orígenes intelectua-

les de los derechos humanos son menos importantes que las condiciones globales sincrónicas en las que fueron aceptados universalmente y, en lugares muy distintos, se fusionaron con las genealogías locales.²¹

Otro caso similar es el del derecho internacional. Durante mucho tiempo, los historiadores han considerado que el «derecho de gentes» que emergió en la estela de Hugo Grocio, con el posterior desarrollo del derecho internacional, racionalizaba las relaciones internacionales. En contra de esta idea de la difusión benevolente de un hito europeo, autores más críticos han destacado la estrecha conexión existente entre el derecho de gentes y el imperialismo europeo, y han considerado que la aspiración universalista no era más que un pretexto con el que ocultar la ambición colonial.²² En tercer lugar, en el intento de identificar orígenes independientes para el derecho internacional en el orden global de nuestros días, algunos autores han empezado a explorar la historia legal y cultural de diversas sociedades con el fin de mostrar que ciertos elementos de lo que hoy se considera de sentido común son en realidad aportaciones de tradiciones alternativas, no occidentales. Una perspectiva global desearía abordar más específicamente por qué el derecho internacional surgió cuando lo hizo, por qué se apropiaron de él actores diversos a lo largo y ancho del mundo, y de qué modos se lo puede entender como respuesta a un desafío global. Por decirlo en otras palabras, dejaría de ser primordial el interés por los inventores y los titulares de patentes intelectuales y lo básico pasaría a ser la práctica real del derecho internacional.²³

La diferenciación heurística de estos cuatro enfoques se puede extender a casi todos los campos de investigación histórica. ¿Qué fue el concepto de raza: un invento europeo, un instrumento del imperio, una noción surgida a partir de diversas raíces indígenas, o más bien una respuesta a desafíos globales? ¿La Ilustración fue un hito de la cultura de los salones europeos, una imposición occidental, el fruto de muchas culturas de racionalización indígenas, o más bien uno de los modos que las élites sociales de todo el mundo usaron para manejarse con las nuevas realidades globales?²⁴ Piénsese igualmente en los intentos de historizar la historia global del fascismo. Desde la historia mundial se ha intentado definir el término elaborando una lista de rasgos imprescindibles: un líder carismático, movilizaciones masivas, una ideología ultranacionalista, etcétera. Ahora bien, todos estos rasgos se derivan de la experiencia europea. Otros ejemplos de fascismo, como los de Japón o Argentina, no cumpli-

rían todos los requisitos; de hecho, ni siquiera el nacionalsocialismo alemán cumplió todas las normas del modelo fascista italiano, y a la inversa. Al utilizar la historia global como lente correctora de este análisis ligeramente miope, los historiadores han prestado más atención a las transferencias y los contactos directos y, con ello, han podido poner de manifiesto hasta qué punto Italia y Alemania sirvieron como modelo e inspiración en numerosos lugares de todo el mundo. Más allá de la historia de las transferencias y comparaciones, por último, centrarse más sistemáticamente en la integración global empezaría por la situación global compartida durante los años de entreguerras, y el hecho de que numerosas sociedades buscaran una «tercera vía» situada entre el liberalismo clásico y el comunismo, búsqueda que llevó a muchos gobiernos a experimentar con nuevas formas de movilización y organización social. Desde esta clase de perspectiva, la ausencia de este o aquel rasgo en la lista de características exigidas (por ejemplo: ¿hubo un partido de masas que pusiera en jaque a la clase dominante o solo una movilización promovida «desde arriba»?) tiene menos importancia que el hecho de entender que los diversos casos eran formas relacionadas, pero diferenciadas, de abordar transformaciones estructurales y la evolución del orden internacional.²⁵

A MODO DE EJEMPLO: NACIONES Y NACIONALISMO EN LA HISTORIA GLOBAL

En esta sección final examinaremos más detenidamente la historiografía del nacionalismo, pues en este campo podemos observar con suma claridad cómo las nuevas perspectivas globales han logrado complementar y modificar antiguas maneras de situar a las naciones dentro de la historia universal. En algunos aspectos, se antojaría poco probable que precisamente la nación pudiera resultar útil para ese fin. No hace tanto, en la década de 1990, cuando la palabra «globalización» se puso de moda, algunos expertos se apresuraron a predecir la desaparición total del Estado-nación. En el ámbito de la erudición historiográfica, tampoco parecía que este tema fuera a despertar gran interés en el futuro, y se escribían historias globales y transnacionales con el propósito expreso de dejar atrás al Estado-nación. Pero este momento de crisis —¿o tal vez de euforia?— no tardó en apagarse y pronto se admitió que los Estados-nación

poseían una gran capacidad de resistencia y seguirían siendo relevantes, aunque en un contexto modificado. También ha quedado claro que la historia global no se mueve por la intención de arrojar a la papelera de la historia las naciones y los Estados-nación, sino que pretende reevaluar su función histórica y explicar mejor su aparición y su significado.

¿Cómo se relacionan estos enfoques más recientes con intentos anteriores de situar la nación en el mundo? Hasta cierto punto, no es exagerado decir que la teoría del nacionalismo funcionó a escala global desde sus mismos principios. Así, los intentos de explicación que inspiró la primera teoría de la modernización —muy en particular, los de Ernest Gellner— eran de ámbito universal. Postulaban que la formación de las naciones era efecto de una transición en curso desde las sociedades tradicionales a las modernas. Si era típico que los cruzados del nacionalismo hicieran hincapié en el carácter distintivo de una nación dada, Gellner descartó todas las pretensiones de excepcionalidad al postular una ley de desarrollo universal: la manufactura industrial destruía las jerarquías de la sociedad agraria para poder garantizar la movilidad del trabajo y, con ello, el crecimiento constante. La legitimación que el nacionalismo hacía de sí mismo quizá enfatizara aspectos como la historia común, la lengua común y los modelos culturales comunes, pero para Gellner, el nacionalismo pasaba por «establecer una sociedad anónima e impersonal [...] en vez de la estructura anterior, una estructura compleja de grupos locales [...] Esto es lo que ocurre de hecho».²⁶

Desde este punto de vista, todos los nacionalismos, pese a las variaciones superficiales, eran en lo esencial lo mismo; y el nacionalismo, dondequiera que fuese, era un producto de la modernización socioeconómica que podía explicarse a partir de factores plenamente endógenos. De ser así, entonces no había obstáculo para comparar experiencias locales muy distantes entre sí. En cambio, enfoques más recientes han optado por enfatizar las conexiones y transferencias. Han llegado a la conclusión de que el predominio mundial del nacionalismo durante el siglo XIX no se puede atribuir tan solo a factores internos, sino que debe entenderse también como resultado de la difusión. Aunque Benedict Anderson ha atraído la atención sobre todo por su estudio constructivista del nacionalismo, su principal aportación metodológica ha consistido en describir el carácter modular de las naciones. Con este concepto se refería al hecho de que, tras la fase inicial de creación, la forma de la nación podía transferirse, en

principio, a otros escenarios, como una especie de plantilla. Esta forma se desarrolló primero en las sociedades criollas de América, y posteriormente en Europa, mediado el siglo XIX. Aquí se generaron conceptos y modelos de nacionalismo que luego quedaron a disposición de todo el planeta, como si de un juego de herramientas se tratara. A partir de este momento, todos los nacionalismos emergentes quedaron configurados y se vieron influidos por el mismo paradigma.²⁷

El enfoque de Anderson supone un paso importante, si se lo compara con modelos anteriores derivados de la teoría de la modernización, porque ahora la difusión global del nacionalismo ya no se podía concebir como el producto, casi mecánico, de las leyes del desarrollo social. Pese a todo, los mecanismos concretos con los que se difundió la forma nacional apenas fueron objeto de atención. Anderson se interesaba por la evolución del nacionalismo en Europa y las condiciones complejas que la posibilitaron. En lo que atañía al resto del mundo, se centraba en cómo se usaba y modificaba esta forma. En lo esencial, daba por sentada su condición de transferible.²⁸ Pero ¿cómo podemos comprender la dinámica de las transferencias si limitamos la atención al origen de la forma que se difundió, y a la naturaleza de esa forma, pero no exploramos las condiciones de posibilidad por las que la transferencia resultaba atractiva para sus receptores?

Las ideas de Anderson fueron criticadas por los historiadores poscoloniales, que consideraban necesario hacer más hincapié en las condiciones imperiales concretas en las que los movimientos nacionalistas se desarrollaron en el mundo colonizado. En una obra citada con gran frecuencia, *Nationalist Thought and the Colonial World*, Partha Chatterjee planteó que era inevitable que el nacionalismo del mundo colonial siguiera siendo siempre un fenómeno derivado de Europa, un «discurso derivado». Aunque es cierto que los movimientos nacionalistas se dirigieron en contra de los gobiernos extranjeros, en un nivel ontológico —decía Chatterjee— continuaban estando en deuda con los parámetros del discurso dominante, vale decir imperial.²⁹

Además de lo anterior, el libro de Chatterjee contiene un segundo argumento. En lo esencial, dice el autor, el nacionalismo anticolonial se alimenta de una oposición contra Occidente, que a menudo adopta la forma de subrayar la espiritualidad nacional frente al materialismo occidental. De hecho, la dicotomía de un Oriente espiritual frente a un Occidente materialista fue un ingrediente estándar de los discursos políticos de Asia

a finales del siglo XIX. Chatterjee siguió desarrollando el argumento en *The Nation and Its Fragments*, que en cierta medida es una revisión de su primer libro. Aquí, el autor divide el nacionalismo en una esfera externa y material y una interna y espiritual. En este nivel espiritual —«el dominio genuino y esencial»—, Chatterjee entiende que la nación ya es soberana mucho antes de alcanzar la soberanía política. Este dominio interior se describe como el ámbito de la verdadera expresión cultural de una nación. En otras palabras, aunque la «forma nacional» (Étienne Balibar) es transferible y en el nivel formal el discurso nacional no deja de ser derivado, sin embargo la sustancia del nacionalismo resulta específica, geográfica y culturalmente, y no puede derivarse del modelo imperial europeo.³⁰

¿Hasta qué punto —podemos preguntarnos ahora— esta particularidad del contenido del nacionalismo en sí resulta ser fruto de constelaciones globales? Se trata de una pregunta útil, pues, en cierta medida, el enfoque de Chatterjee sigue estando en deuda con el modelo endógeno: aunque reconoce la transferencia de la nación en tanto que forma en el contexto del poder imperial, la naturaleza específica de la sustancia del nacionalismo colonial se explica por referencia a los recursos culturales locales, y en especial refiriéndose a tradiciones anteriores, precoloniales. Se ha acusado al autor de idealizar y reificar estos recursos culturales precoloniales.³¹ Desde la perspectiva de una historia global, no obstante, hay que añadir otras dos críticas de más peso. En primer lugar, el análisis de Chatterjee sigue centrándose por entero en la relación binaria entre la nación colonizada y los colonizadores. Se trata de una limitación que su enfoque comparte con el impulso general del paradigma poscolonialista. En realidad, las dinámicas de los nacionalismos indio, chino o tailandés formaban parte de una constelación global. El paradigma de la «reacción» local a estímulos venidos de Europa y Estados Unidos, aun siendo de importancia, restringe demasiado la mirada; al mismo tiempo, privilegiar la referencia a las tradiciones culturales autóctonas no basta para explicar la historia al completo. Al no separarse de las narraciones poscoloniales, Chatterjee corre el riesgo de prestar una atención insuficiente al contexto más amplio, global, y pasar por alto la forma en la que los propios actores históricos de muchas regiones, a partir de finales del siglo XIX, se referían cada vez con más frecuencia a una totalidad global. El nacionalismo y el pensamiento organizado en categorías nacionales se desarrollaron dentro de este contexto de integración global.

Y, en segundo lugar, Chatterjee excluye como factor el grado hasta el cual la sustancia del nacionalismo no se refería tan solo a las anteriores tradiciones endógenas, sino que era también fruto de la constelación global. En vez de plantear una distinción analítica entre una «forma de nación» (universal y transferible) y una manifestación de su contenido (culturalmente específica), deberíamos aspirar a reconstruir estos dos niveles, cada uno en su contexto global. A fin de cuentas, la realidad geopolítica más extensa, a menudo, fue un factor crucial a la hora de determinar cuál de las múltiples tradiciones locales se movilizaba en beneficio de los proyectos nacionales.³²

Lo que hace falta, pues, es incrustar más profundamente los modos en los que la nación se definió, comprendió y puso en práctica en contextos globales. Para ello nos podemos basar en las perspectivas abiertas por los estudios comparados, las historias de la difusión y los análisis poscoloniales, pero también debemos ir más allá. Varias incursiones recientes en la historia global del nacionalismo han puesto de relieve cuán fructífero puede ser un enfoque de esta clase. Veamos ahora dos estudios que ejemplifican la tendencia.

El primero es *Bengal in Global Concept History*, de Andrew Sartori. Sartori observa que, a partir de la década de 1880, los intelectuales bengalíes lidian con una noción de cultura que muestra bastantes aires de familia con el concepto herderiano de *Kultur* y otras propuestas afines surgidas en Rusia y Japón. La problemática general es cómo explicar la relación entre el todo y las partes, en otras palabras: cómo esclarecer las semejanzas entre estas distintas versiones del discurso sobre la cultura sin perder de vista la especificidad de los debates bengalíes. Si recuperamos los tipos ideales que hemos esbozado más arriba: ¿el culturalismo bengalí fue el fruto de una transferencia de las ideas occidentales y la posterior apropiación local?, ¿fue el fruto de relaciones de poder desiguales y, en consecuencia, una forma de colonización del pensamiento?, ¿o acaso debemos hacer hincapié en los recursos culturales indígenas y las genealogías tradicionales de una interpretación de la cultura específicamente bengalí?

En su obra de historia global, Sartori va más allá de todas estas interpretaciones. Aunque su análisis exhibe una clara influencia de las lecturas poscoloniales, a su juicio estas acaban estancándose en la premisa de la inconmensurabilidad cultural y el afán de descartar el concepto de «cultura» en sí, por ser un derivado de Occidente, una forma de imperialismo

cultural. Para Sartori, las semejanzas no son el mero producto de la difusión y las diferencias de poder; antes bien, trata Bengala como un lugar, entre otros muchos, en el que se recurrió a un concepto de «cultura» para dar respuesta a desafíos globales. «La historia del concepto de la cultura en Bengala —insiste el autor— no se puede tratar ni como una desviación local ni como una reiteración tardía de una forma teórica de esencia occidental, sino que requiere investigarse como un momento espacial y temporalmente específico en la historia global del concepto de la cultura.»³³

El viraje hacia la cultura puede leerse como un acto de distanciamiento frente a una versión anterior del liberalismo, caracterizada por el individualismo racional y el propio interés económico. Contra este evangelio liberal, varios grupos sociales se adhirieron a la noción de cultura, grupos que desde el nacionalismo criticaron el gobierno y la hegemonía económica de los británicos. A juicio de Sartori, las estructuras globales a las que respondieron estos intelectuales eminentes fueron principalmente económicas. Tras la crisis financiera de la década de 1840, el comercio y la industria se vieron sometidos a un monopolio cada vez más claro de los mercaderes británicos, mientras que el capital nativo solo se invertía en terrenos y propiedades, con lo cual la sociedad bengalí desconectó de la dinámica comercial. En esta situación, la noción de cultura pasó a formar parte de un discurso casi romántico con el que las élites hindúes intentaban afirmar sus vínculos orgánicos con la tierra y la mano de obra agraria.

Más en general, y en un plano mucho más abstracto, Sartori relaciona el debate de liberalismo frente a cultura con la expansión del capitalismo. Defiende que el culturalismo surgió, por todo el mundo, como reacción a los tipos particulares de alienación y subjetividad que las relaciones laborales y formas de producción del capitalismo engendraron en determinadas zonas. Desde luego, en la noción concreta de cultura abundaban los particularismos locales, pero las supuestas tradiciones no solo fueron reelaboradas completamente por el capitalismo, sino que se presionó para que favorecieran las prácticas sociales del régimen capitalista. Así pues, el culturalismo no se puede explicar como mero efecto de una transferencia intelectual; se lo debe entender como una serie de respuestas únicas a la misma problemática global.

El segundo ejemplo es *Staging the World*, de Rebecca Karl, un estudio sobre el nacionalismo en la China Qing tardía. Para Karl, la idea de China como nación solo podía calar en un momento histórico específico, en el

preciso momento en el que China descubrió por sí misma el nuevo «mundo». El momento no pasaba solamente por el hecho de que China percibiera otras regiones situadas fuera de la sinosfera, fuera de su zona de influencia; también pasaba por cobrar conciencia del mundo como un todo estructurado, constituido cada vez más por Estados(-nación) soberanos y países coloniales dependientes. Esta nueva intelección del «mundo» como una totalidad de unidades conectadas por medio de fuerzas de alcance global como el imperialismo y el capitalismo sustituyó la dicotomía mental, de varios milenios de antigüedad, entre el Imperio Medio y la barbarie.

¿Qué significa esto, más en concreto? Rebecca Karl se interesa en particular por la forma en la que determinados acontecimientos que, desde una perspectiva china, habían parecido marginales —la anexión de Hawái por Estados Unidos, los repartos de Polonia en el siglo XVIII, la conquista estadounidense de las Filipinas, el gobierno británico de Egipto, entre otros— pasaron a ser objeto de intensos debates en la China de hacia 1900. Para la cosmología tradicional de la corte Qing, estos lugares eran en efecto periféricos, quedaban situados en los márgenes de la «civilización» china (y a veces, incluso plenamente fuera de su alcance). Hacia el cambio de siglo, no obstante, los reformadores chinos empezaron a comprender que la amenaza política y económica a la que China se enfrentaba no era tan distinta de las penalidades que afligían a aquellas naciones menores. Aunque Hawái distaba mucho de China en lo que atañía a la cultura, la lógica moderna de la geopolítica colocaba al archipiélago en una situación muy similar a la del Imperio Qing. El proceso de colonización ya no preocupaba tan solo a pueblos remotos y exóticos, sino que ahora amenazaba a la propia China de un modo no muy distinto. Como resultado de estructuras de efectividad global, los rasgos en común ya no se determinaban culturalmente, sino ante todo geopolíticamente: ahora eran el resultado de la amenaza colonial y de la posición periférica de China en la economía mundial capitalista.³⁴

La tesis central del libro de Karl es que China solo pudo percibirse a sí misma como una nación entre otras y como una parte de «Asia» —entendida aquí, antes que nada, como una marginación común dentro del orden imperial hegemónico, y no tanto como una entidad unida por rasgos étnicos o culturales compartidos— en el contexto de la integración global. «China solo se volvió asiática, de un modo específicamente nacional (y no como imperio) y regional, al mismo tiempo que se volvió mundana, no

antes.»³⁵ Así pues, que se estableciera una nación fue a la vez una proyección diacrónica y una respuesta a la incorporación de China en el mundo. Como sugiere el propio título del libro, los responsables de que surgiera una dinámica nacionalista no fueron los estadios diacrónicos del desarrollo, sino una «escenificación del mundo» de carácter sincrónico: una actuación sobre un escenario global.

Los dos libros citados, tanto el de Sartori como el de Karl, son obra de expertos cuya aportación a la historia global se centra en gran medida en su particular ámbito de especialización: la India moderna y la China moderna. Mientras que otros historiadores globales hacen más hincapié en las redes de nacionalistas, comparan los movimientos nacionalistas de distintos lugares o aspiran a componer una síntesis mundial, estos estudios se centran en una ubicación particular que luego analizan a través de sus entrelazamientos globales.

Lo que es más importante: los dos libros son ejemplo de un movimiento histórico más extenso que intenta comprender las estructuras globales no solamente como el contexto necesario, sino también como la condición previa necesaria para que puedan surgir formas particulares de nacionalismo.³⁶ Ambos autores se centran en especial en la economía política, y postulan una noción (a veces, muy abstracta) del capitalismo como la fuerza motriz de la historia. Hay quien considera que equiparar una totalidad global con el capitalismo peca de excesiva rigidez, y se ha reprochado a ambos autores que (supuestamente) se basan dogmáticamente en nociones demasiado abstractas de la expansión capitalista. Pero las posibles deficiencias de los dos libros mencionados no reducen su valor como ejemplo de cuán integral puede resultar una comprensión matizada de lo global. Como hemos visto arriba, cabe concebir y explicar la integración global de varios modos distintos. En el contexto de este capítulo, Sartori y Karl son relevantes porque ven lo global no como un contexto externo, adicional, sino más bien como un contexto constituyente, que da forma a los objetos de estudio, a la vez que su forma se ve afectado por ellos.

Si la consideramos en su conjunto, la serie de preferencias metodológicas esbozadas en el presente capítulo, al igual que el énfasis en el concepto de integración, suponen rechazar aquellas explicaciones que menosprecian (o incluso pasan por alto completamente) las influencias y los factores externos. Este es el núcleo metodológico de la historia global entendida como un enfoque propio. Por lo general, las teorías sociales

convencionales actúan dentro de un paradigma que podríamos calificar de «endógeno», centrado en los factores internos. En anteriores grandes panoramas de la modernización, los fenómenos históricos se explicaban endógenamente, desde el interior, y era típico analizarlos dentro de los límites de una sociedad. Centrarse así en el cambio interno ha sido un sello distintivo de prácticamente todas las teorías sociales planteadas hasta la fecha. Ya se inspirasen en el marxismo, Max Weber y Talcott Parsons, o en la obra de Michel Foucault, en lo esencial las teorías sociales trataban las sociedades como entidades autogenerativas, y daban por sentado que el cambio social era siempre obra de la propia sociedad.

La historia global, en cambio, sale de este marco genealógico o endógeno. Presta especial atención a las interacciones y los entrelazamientos transfronterizos. También admite el impacto de estructuras que van más allá de los límites de cada sociedad individual. Con ello, la historia global reconoce la relevancia causal de factores que no se limitan al ámbito de los individuos, las naciones y las civilizaciones. La promesa última es una perspectiva cuya mirada supere por fin la dicotomía entre lo interno y lo externo.